

MUJER Y MATRIMONIO A PROPÓSITO DE ADAM'S RIB (*Adam's Rib*, George Cukor 1949)

Ángel Luis Hueso Montón
Universidad de Santiago de Compostela

La coincidencia de determinadas circunstancias pueden hacer que una obra de arte adquiera una especial singularidad; esta afirmación que puede parecer casi un tópico, alcanza un sentido concreto cuando nos referimos al mundo del cine. El hecho de que hablemos de un arte en el que confluyen muchas contribuciones, en el que cada miembro de los diferentes equipos que trabajan en el film asume unas responsabilidades muy específicas, tiene como resultado que no estemos hablando de obras en las que se produce la mera acumulación de aportaciones sino del surgimiento de una globalidad unitaria que es la película.

Si esto sucede en todos los filmes, se produce de una manera muy especial en aquellos que se integran en lo que llamamos el clasicismo; la forma de trabajar en equipo, bajo el «paraguas» de una compañía, con una planificación y coordinación muy precisa marca a estas películas de manera indeleble.

Esta introducción nos sirve de acercamiento a *La costilla de Adán* (*Adam's Rib*) dirigida por George Cukor en 1949. En ella encontramos una serie de aportaciones que no son baladíes, sino llenas de sentido y resultados; el trabajo de los guionistas Ruth Gordon (la inolvidable Minnie Castevet de *La semilla del diablo*) y Garson Kanin, que fue fundamental en la obra de Cukor en estos años, se unió a la presencia de dos grandes actrices, como eran Katharine Hepburn y Judy Holliday, que en manos de este director alcanzaron momentos inolvidables, a lo que vino a incorporarse la utilización de una conocida canción de Cole Porter («Farewell Amanda») que se convertiría en identificadora de esta obra.

Podemos recordar, también, que se trata de una magnífica representación de algunos de los modelos de la importante comedia cinematográfica de la época (*screwball comedy* y la comedia matrimonial, principalmente) que Cukor mezcla con una maestría envidiable.

Y, por último, se ha resaltado hasta la saciedad la fuerte impronta de la tradición teatral que se recoge en sus imágenes, tanto en la construcción de algunas de las situaciones y en la sucesión cronológica que marca el avance de las mismas siguiendo el ritmo de los días, como en las interpretaciones de algunos de sus protagonistas: se ha citado reiteradamente la secuencia del primer encuentro entre la abogada (Hepburn) y la mujer acusada de intento de asesinato (Hollyday).

Todos estos elementos están en *La costilla de Adán*, pero no podemos sentirnos satisfechos quedándonos en su mera enumeración, sino reconocer que hay algo más. Debemos preguntarnos qué es lo que posee, dónde se encuentra el verdadero

embrujo y seducción de esta película con la que disfrutamos, nos sentimos arrastrados, vivimos las aventuras de sus protagonistas y, en suma, nos apasionamos ante algo que nos fascina. Un autor (Frederico Lourenço) lo resumió de manera muy acertada cuando dijo que en esta obra se unen «elegancia estilística, sentido cómico, sátira social y virtuosismo cinematográfico», lo que conduce a que nos situemos en un nivel cercano al de la perfección.

Nadie puede negar que nos encontramos ante un film en el que se unen diversas referencias al contexto social del momento; la transformación que está viviendo la estructura familiar y matrimonial (duramente agitadas tras la dureza de la segunda guerra mundial), el creciente protagonismo que ha asumido la mujer a lo largo de estos difíciles años y al que no está dispuesta a renunciar (situación similar a lo sucedido en los años veinte tras la primera conflagración mundial), la contraposición entre mundo laboral y doméstico, todo ello nos habla de una sociedad muy concreta y reconocible, con sus diferencias sociales y sus hábitos cotidianos, que adquieren una nueva perspectiva al verlos plasmados en imágenes.

Y toda esta referencia social cristaliza en un principio que la protagonista defiende de manera continua e irreductible: la igualdad de derechos de la mujer ante la ley y la sociedad.

En este momento tenemos que volver a dar otro giro de tuerca a nuestra aproximación a *La costilla de Adán*. Planteando todas estas situaciones y principios, la película va mucho más allá, pues no se queda en un alegato reivindicativo del papel femenino en la sociedad, sino que nos conduce a abordarlo con una perspectiva realmente sugerente.

Aquí es donde encontramos la finura y acierto de George Cukor: todo este mundo nos lo presenta a través de la comicidad. Es innegable que el primer soporte, el más inmediato para que nos acerquemos a la historia de Amanda y Adán Bonner, es la interpretación que de esos personajes nos dan dos auténticos monstruos como son Katharine Hepburn y Spencer Tracy, respectivamente; a ellos se unen actores como Judy Holliday (en la que confió el director de manera muy especial y que respondió plenamente a sus expectativas), Tom Ewell y Jean Hagen.

Se huye del histrionismo, de la sobreactuación, de aquellos latiguillos que en la comedia se convierten en ocasiones en punto de apoyo para los actores, y se sustituyen de manera radical por una contención interpretativa (Tracy da una auténtica lección en este campo) que hace totalmente verosímiles a los personajes que tenemos delante de nuestros ojos.

Cukor deja que los actores «vivan» ante nosotros, la cámara los acompaña en los diferentes momentos de sus vidas (sean usuales o extraordinarios), avanza en paralelo a su propia evolución sin presionarlos en ningún momento. Ello confiere a estos personajes una envidiable frescura que los aproxima de forma radical a los espectadores.

Pero la importancia de los protagonistas queda envuelta de manera radical en la fuerza de la comicidad. Un factor fundamental es la ridiculización de la vida cotidiana, con los hábitos que la configuran y que pierden su auténtico sentido a fuerza de ser repetidos (por ejemplo, los epítetos cariñosos que se dedican los esposos); todo ello se nos presenta en cada una de las secuencias en las que Hepburn





y Tracy desarrollan sus actividades domésticas de una forma mecánica, la cual va alterándose paulatinamente conforme avanzan los acontecimientos.

Algo similar sucede con la «rigidez» de las estructuras judiciales (ese taquígrafo que tiene que recoger absolutamente todo lo que se dice ante el tribunal), la amistad que bordea unos límites peligrosos y que repercute de manera diferente sobre cada uno de los cónyuges, la visión de la infidelidad conyugal como algo casi asumido, son todos ellos aspectos que producen en nosotros una sensación festiva y nos obligan a relativizar muchas de las situaciones ante las que nos podemos encontrar.

Pero, a la vez, esa ridiculización del mundo cotidiano se ve inmersa en un ritmo auténticamente frenético; no se trata de una rapidez excesiva en la forma de representación, sino en la creación de una dinámica continua, que avanza de manera inexorable, en la que los personajes se ven envueltos sin poder controlarlo, que supera la que, a priori, podría parecer una estructura muy rígida en la que se alternan los días y las noches recordando las escenas teatrales, en suma, ese rasgo tan difícil de explicar pero tan fácil de percibir que es el dinamismo propio de la caricatura y que configura de manera radical el ritmo de la comedia.

No podemos dejar de lado, sobre todo por la repercusión que tiene no sólo sobre el desarrollo de la acción sino también por el impacto sobre el espectador, la importancia de la canción «Farewell Amanda»; la fuerza e inmediatez de las piezas de Cole Porter se hace presente en cada una de sus notas y sus palabras, integrada perfectamente en el desarrollo de la película (recuérdese cuando Spencer Tracy interrumpe de manera brusca la sesión de masaje al oír la interpretación de la canción que hace Frank Sinatra) y respondiendo a ese tono festivo que va envolviendo progresivamente todos los momentos del film.

Al acabar de hacer estas reflexiones sobre *La costilla de Adán* nos queda la sensación (creemos que justificada) de que nos ha sido imposible transmitir toda la fuerza, la comicidad, la ridiculización de nuestras tensiones vitales que se encuentra en sus imágenes; por ello creo que lo mejor que puedo hacer es recomendar (y recomendarme a mí mismo) volver a ver la película como única manera de disfrutar de todos y cada uno de sus ingredientes, a la vez que agradecemos a todos los que contribuyeron a su creación (y de manera muy especial a Cukor) por habérsela dejado como un gran ejemplo de la comicidad cinematográfica.

